

NOVELA GANADORA X PREMIO ROMÁNTICA KIWI

MARTA CRUCES



MARTA CRUCES

ORGULLO,
prejuicio
Y ACCIÓN



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, septiembre 2023

IMPRESO EN ESPAÑA

ISBN: 978-84-19939-00-5

Depósito Legal: CS 611-2023

© del texto, Marta Cruces

© de la cubierta, Borja Puig

Corrección, Carol RZ

Código THEMA: FR

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

«Podría perdonar más fácilmente su
vanidad, si no hubiera herido la mía».

Elizabeth Bennet,
Orgullo y prejuicio



1

DANTE

Londres, 2018

Es una verdad universalmente conocida que un diseñador, poseedor de gran talento, necesita ir con su cuaderno de dibujo a todas partes. Dante G. Brescia no es una excepción. Es más, en su caso, siempre con un lápiz agarrado por una goma elástica. Más que nada porque se mueve en transporte público y lo perdería de no ir sujeto.

Es algo que pone de los nervios a su madre. Aunque eso no es ninguna novedad porque, cuando se trata de Dante, Regina Browning siempre tiene algo que decir al respecto. Puede ser que su ropa es demasiado estridente, o que su casa es poco práctica, o que prefiere dedicarse a garabatear tonterías en su cuaderno en vez de hacer las cuentas de su departamento antes de que llegue la fecha límite. Cualquier motivo es susceptible de ser señalado, y por eso Dante, calado hasta la ropa interior, prefiere pasar por el despacho de su madre casi de puntillas de camino al de su padre.

Lo último que necesita es escucharla decir que tendría que haber cogido un paraguas al salir de casa, pero ¿quién le iba a decir que iba a caer semejante chaparrón con el sol que hacía? Que vive en Londres y en cualquier momento puede nublarse, pero no necesita que nadie se lo diga.

—¿Otra vez sin paraguas, Dante? —pregunta Regina, justo a su espalda.

No ha escuchado la puerta del despacho abrirse, ni siquiera ha notado una brizna de aire a su alrededor. Hace un momento no estaba allí y ahora lo mira tras las gafas de ojo de gato con una satisfacción que ni se molesta en ocultar.

—Otra vez sin paraguas, mamá —responde Dante, sintiendo que su ropa está goteando demasiado como para intentar quitarle importancia.

La ceja de Regina se alza milimétricamente, con esa perfección que es tan de ella que nadie diría que Dante es hijo suyo. Señala con un gesto de cabeza hacia el cuarto de baño en una invitación que ni siquiera lo es. Es más una orden que Dante no puede desobedecer.

Está dirigiéndose hacia allí cuando escucha la maldición de Regina a su espalda.

—¡Un charco! ¡En mitad del pasillo! —exclama. Dante puede imaginarla agitando los brazos mientras habla—. Este chico va a acabar con mis nervios.

Los nervios de su madre, esos grandes conocidos.

La puerta se cierra a su espalda y Dante camina al lavabo. Al verse reflejado en el espejo, tiene que admitir que no tiene demasiado buen aspecto: se le ha quedado todo el cabello pegado al rostro y la gabardina chorrea por los bajos. ¿Cómo es posible que se haya calado tantísimo en apenas cien metros? Es lo que ha tenido que recorrer desde la salida de metro hasta las puertas de las oficinas de Bennet & Co. así que no entiende a qué viene tanta agua.

Se pasa las manos por el pelo y termina por hacerse una coleta antes de quitarse la gabardina. Bajo el jersey la camisa no está en tan mal estado, y Dante puede escurrir los pantalones, gracias a que se ha puesto los más anchos que tenía en el armario, así que no llamará la atención si hacen más bolsa de lo habitual.

—Mamá pregunta por qué no has hecho directamente una piscina para que podamos disfrutarlo todos —dice Everett, con una media sonrisa satisfecha.

Dante chasquea la lengua y le dirige una mirada desde el reflejo del espejo. Su hermano pequeño tiene los ojos brillantes de la risa que seguramente se está aguantando.

—Disfruta, Ever, disfruta, que poco te va a durar —contesta, sin caer en la provocación de su hermano.

Pero si no cae es casi casualidad. El tercero de los Brescia es, con diferencia, el que más choca con Dante; tiene un talento innato para sacarlo de quicio. Everett se apoya en la puerta con los brazos cruzados y el gesto petulante en el rostro.

—Venga, Dante, anima esa cara. No siempre van a decir que no a tus diseños —comienza hablando con lentitud—. Alguna vez acertarás...

Dante aprieta los dientes con fuerza. Tenía que hablar de ello, tenía que sacarlo a colación para molestarle. Para que recordara las caras de extrañeza de su madre y la expresión concentrada de su padre cuando les presentó su última colección con la intención de que la valorasen. Sus padres desestimaron sus arriesgadas propuestas delante de sus hermanos, que apenas pronunciaron palabra entonces y menos aún después. Menos su hermano mediano, que disfruta cada vez que puede mencionarlo. Porque de eso vive Everett: de molestar a Dante. No se lo toma como algo personal, es algo que parece ir con el paquete de hermano pequeño.

En cambio, Christina es la criatura más adorable y buena del mundo, y Burne es insípido en todos los aspectos de su vida. Cada Brescia tiene su punto fuerte, y el de Everett es el de ser un grano en el culo de su hermano mayor.

Solo hay que ver que ni siquiera ha fingido tener intención de pasar por el baño. Ha entrado únicamente para cabrearlo.

—Y alguna vez tú te callarás en vez de abrir tu boca y soltar tonterías —suelta Dante, sin poder contenerse más tiempo.

Everett alza las manos en señal de indefensión, pero con su sonrisa intacta.

—Hay que ver lo mal que aceptas las críticas —dice, mientras sale del cuarto de baño.

—«Hay que ver lo mal que...». Bah. Como si fueran críticas de verdad —maldice Dante.

Porque no lo son, ni las de Everett, ni las de su madre en lo que respecta a sus diseños. Ninguno de los dos comprende lo que intenta expresar a través de sus trajes, ni siquiera lo intentan. Por eso tiene la sensación de que nunca progresará en Bennet & Co. Se quedará en un puesto administrativo y tendrá que dejar como pasatiempo su verdadera pasión.

Siente deseos de darse contra la pared cuando deja que el pesimismo se apodere de él, pero Dante no puede evitarlo. No solo por su tendencia dramática, sino porque lleva años tratando de que aprueben una colección suya y su madre siempre se niega. Así, ni siendo la persona más positiva del universo podría mantenerse en pie.

Al salir del servicio, Dante encuentra el pasillo vacío e impecable. Cierra los ojos con una maldición en los labios. Su madre se encargará de recordarle que ha tenido que ocuparse de su desastre acuático.

—¿Vas a seguir ahí parado o podemos empezar la reunión? — pregunta Regina, asomándose desde el despacho de su padre.

Victor Brescia tiene muchas virtudes, pero ninguna de ellas incluye la idea básica del diseño moderno minimalista. Para él, más es más. Y mejor aún si lleva colores sobrecargados y una tendencia medievalista, a poder ser, unidos a la Hermandad Prerrafaelita, aquellos a los que todos los Brescia deben sus nombres con mayor o menor agrado.

La copia de *La escalera dorada*, de Edward Burne Jones, se despliega verticalmente al lado del perchero que su madre le indica para que deje su gabardina. Dante se divertía señalando lo mínimamente distintos que eran los diseños de cada uno de los vestidos que llevaban los personajes del cuadro. Su padre le seguía el juego mientras comentaba el significado, pero eso no le interesaba tanto a él: solo tenía ojos para las diferentes mangas o el uso de las coronas como parte del vestuario.

—Parece que llueve, ¿no? —dice Victor, desde el ventanal del despacho, sin volverse.

Everett se ríe, pero no tarda en llevarse un buen manotazo de Dante sin despeinarse.

—Un poco, padre, un poco —contesta, tomando asiento en el sofá.

A punto está de tirar una torre de carpetas con proyectos preparados para archivar que sostienen una tetera que aún humea.

—Estupendo. Me gustan los días lluviosos, es una de las razones por las que...

—Te casaste con una inglesa. Sí, papá, lo sabemos —le corta Everett con un bufido.

—Si quisiera que me acortaras los discursos, te lo pediría, pero creo que nunca ha sido el caso —dice Victor, dándose la vuelta para mirar a su hijo.

Dante sonríe al ver palidecer a su hermano, hay veces que parece olvidarse de que no todo el mundo aguanta sus bromas sin gracia.

—Papá, creo que está mal calculado este presupuesto para el vestuario del Teatro Lyceum —dice Burne, entrando en el despacho como si no viera a nadie.

Y, tratándose de Burne, es lo más seguro. Lleva las gafas medio caídas y sus ojos azul desvaído se fijan en la *tablet* que lleva en su mano como si fuera el Santo Grial.

—A ver..., ¿en qué me he equivocado ahora? —dice Victor con un suspiro.

Burne se acerca a su padre justo cuando un torbellino irrumpe en el despacho agitando su teléfono móvil.

—¡Darcy Entertainment ya ha escogido un nuevo director! —exclama Christina, dando saltitos por la habitación.

—Hija, por favor, ¿qué manera es esa de entrar en el despacho de tu padre? Ten cuidado —dice Regina, acercándose a Christina y quitándole la chaqueta por detrás.

El pelo rojo de su hermana está también empapado, pero su madre no dice ni una sola palabra al respecto. De hecho, se acerca

al radiador con la prenda para que se seque antes. Dante guarda silencio, porque sabe que la culpa no es de Christina: ella no hace nada, salvo ser la reencarnación de todo lo bueno del mundo; pero está tan crispado esa mañana que le cuesta mantenerse en su sitio.

—Los accionistas han levantado la sesión con una decisión definitiva —dice Christina, ignorando por completo los intentos de su madre de ponerle una toalla en el cabello.

—¿Así que por fin se han puesto de acuerdo? Llevábamos dos semanas esperando —refunfuña Everett, que parece incómodo desde el corte de Victor.

—Sí, y no vais a creer lo que ha pasado —asiente Christina, dándole el teléfono a su padre.

—¿Lo vas a decir o vamos a jugar a las películas? —pregunta Dante, arisco.

En cuanto los ojos claros de su hermana se encuentran con los suyos, se siente culpable. No tendría que ser así con ella. Aparta la mirada rápidamente, no soporta verla herida por su culpa.

—El portavoz de los accionistas mayoritarios de Darcy Entertainment, Cole Beauchamp, ha tenido el placer de anunciar públicamente el nombramiento de Emily Pierce como directora de la productora más internacional de nuestro país... —lee Victor en voz alta—. Hablan de su trayectoria académica en el King Edward VI y en la Universidad del Sur de California...

—No puedes estar hablando en serio —dice Dante, poniéndose en pie sin poder aguantarse más.

—Eso es lo que dice *The Times*, hijo —responde Victor, dejando que coja el teléfono de Christina.

Dante lee la información de nuevo y chasquea la lengua.

—Esto es de broma. Como siempre, quien tiene dinero se queda con el puesto, ¿no? Si es que no sé ni por qué me sorprende. Es la hija del viejo Edmund Pierce.

—Cuidado con cómo hablas de un difunto tan reciente, Dante —regaña Regina, con el ceño fruncido.

—Y también era el último director de Darcy Entertainment. ¿Por qué han estado mareando la perdiz dos semanas si era una decisión obvia? —dice Dante, devolviéndole el móvil a Christina.

—Porque quizás no lo sea realmente —dice Burne, que ha permanecido en silencio todo ese rato, con su tablet pegada a la mano—. Bueno, he escuchado que los Beauchamp querían que el puesto fuera para un Pierce, pero que no les estaba siendo sencillo.

Burne termina de hablar empujando sus gafas por el puente de la nariz.

—¿Y el hijo mayor de Pierce? ¿Cómo se llamaba? —pregunta Victor, cogiendo la tetera para servirse una taza.

—Elijah, querido —responde Regina al momento—. Dicen que se está recuperando de una enfermedad en una clínica del campo. No se le ve desde hace meses. Seguramente está muy afectado por la muerte de su padre.

—O puede que esté retirado por algún escándalo del que no quieren que nos enteremos —dice Everett, alzando las cejas.

—No prestes atención a las habladurías, hijo. Normalmente van cargadas por el diablo y disparadas por un imbécil —dice Victor, tras un largo trago de té.

—Y pagados por el rico de turno —continúa Dante en un murmullo.

Christina le da un codazo para que relaje esa actitud molesta que no intenta disimular lo más mínimo.

—Lo siento —le dice a su hermana, con una mueca.

—Luego me dices —contesta Christina, poniendo los ojos en blanco.

Está convencido de que su hermana ya sabe lo que ocurre sin que necesite explicárselo, pero también le vendrá bien desahogarse.

—Deberías llamarla para felicitarla por su nombramiento —dice Regina, descolgando el teléfono de la oficina.

—¿Para qué? Si ya la veré en la fiesta que dé la empresa. —Victor hace aspavientos rehuyéndolo como si fuera una enfermedad contagiosa—. Sabes que odio el teléfono.

—Pero tienes que hacerlo, Victor. Son nuestros socios más relevantes, no puedes arriesgarte a perder su colaboración —insiste Regina.

—Si tanto quieres felicitarla, hazlo tú. Seguro que agradece más la voz de la experiencia que la de un ignorante que ni siquiera es de este país.

El padre de los Brescia se gira para ponerse de espaldas a su mujer.

—Victor, llevas treinta años viviendo en Londres, más de lo que ella lleva viva —dice Regina, llevándose una mano a la sien.

Victor les guiña un ojo a sus hijos antes de sacudir la cabeza.

—Piensa lo que sería si me olvido de hablar en inglés y empiezo a hablarle en italiano. Menudo bochorno —dramatiza Victor, dirigiéndose hacia su mesa.

Regina gruñe antes de salir, rindiéndose ante la negativa de su marido. Dante le dirige una mirada de admiración que no puede explicar con palabras. Victor alza su taza como si brindara en silencio con él.

2

EMILY

Kensington Palace Gardens es demasiado para el gusto de Emily. Demasiado grande, demasiado lujosa. Sobre todo, ahora que se ha quedado sola. Tanto la casa de su padre como la calle en la que se enclava —el corazón más rico de Londres, con sus farolas victorianas tenues— resultan excesivas en todos los sentidos de la palabra. Solo tiene que echar un vistazo a los jardines de la mansión de su padre, tan amplios que su padre ya no sabía qué plantar en cada rincón.

Prefiere su apartamento en el Soho que, dentro de lo que cabe, es más discreto. No soporta que allí se genere tanto eco, tiene una sensación de soledad que amenaza con aplastarla. Pasa la mano por las distintas alturas de su armario. Roza varios vestidos que reconoce a la primera por los eventos en los que se los ha puesto. Está el del estreno de la primera película de Caleb; el que llevó a la graduación de Elijah; el que Cole escogió para esa cena con accionistas que, según su amigo, lo cambió todo.

Edmund Pierce decía que un traje no es solo un trozo de tejido bien cortado, sino que encierra las oportunidades en las que te lo pones. Emily estrecha entre sus dedos el vestido que llevó en el funeral de su padre. Le parece mentira que solo hayan pasado dos semanas.

—Creo que sería una declaración de intenciones muy clara si llevaras ese vestido —dice Cole desde la puerta.

Emily sonríe y se da la vuelta para mirarlo, forzando que su expresión se muestre mucho más distendida de lo que se siente. Si se tratase de Caleb, no tendr a que esforzarse, pero no quiere que Cole se preocupe. Suficiente est  haciendo ya.

—Solo pensaba en el comentario que hizo el t o John sobre la falda de vuelo —miente Emily.

Cole le dirige una mirada penetrante. Está claro que su amigo no se cree en absoluto lo que le dice. Emily suspira y se vuelve de nuevo a los vestidos, pasando varias perchas de terciopelo negro.

El joven camina hasta quedar a su lado.

—Pues, si te viera ahora enseñando la lencería, no s  que dir a —dice Cole, tirando del batán de Emily para colocárselo bien sobre los hombros.

Emily alza las cejas ante el rubor repentino de su amigo. Resulta raro pensar que sea el hermano mayor de Caleb con lo inocente que es. Siempre le dan ganas de darle una sopita calentita y arrojarlo en el sofá. Es demasiado bueno para ese mundo, y con Elijah y ella, más aún.

—Seguramente me llamar a descocada y que eso me pasa por haberme criado sin una figura femenina —comenta Emily—. Vaya tontería.

—Me s  de una que se ofendería bastante de escucharte.

Emily se lleva una mano a los labios y abre los ojos desmesuradamente, como si se arrepintiera. Tras sus dedos hay una sonrisa traviesa, un recuerdo de esa niña rebelde que traía de cabeza a Amelia Turner. Parece mentira que haya pasado tanto tiempo y siga teniendo en su mente la expresión circunspecta de la mujer. Aunque se hace sencillo cuando sigue luciendo la misma al sentirse contrariada.

No puede evitar estar tensa al pensar en encontr rsela esa noche, y no tiene sentido, puesto que Amelia siempre tiene buenas palabras para ella. La visualiza en su mente con un tirante mo o y un modelo de alta costura, deslumbrando a todos los presentes, recordándoles por qué está en la cumbre.

Cole la saca de su ensimismamiento al reírse, y ese hoyuelo encantador que se le forma a la derecha de la mejilla resalta con cada carcajada.

—Ya sabes que estoy preparada para decirle esta noche que no hubiera llegado hasta aquí sin ella —contraataca, levantando una ceja con desafío.

—Y Amelia se tapaná la boca con sorpresa, como si no se lo esperara, y te dirá que no le des tanta importancia, que no hizo nada —le sigue el juego Cole.

—Entonces la cogeré de la mano y le daré las gracias.

—La tienes tan comprada que no me extrañaría que se echara a llorar de gratitud. Eres un peligro, Emily Pierce.

—Sabes que la quiero muchísimo, pero le gusta demasiado la intensidad y yo sé cómo brindársela.

—Por eso siempre serás la niña de sus ojos.

La sonrisa de la joven se cubre de cierta nostalgia porque se acuerda de ese tiempo en el que su única preocupación era que Amelia no la descubriera haciendo alguna fechoría.

—Estás muy guapo —dice Emily, arreglándole las solapas de la americana azul—. Vas a juego con tus ojos, eso es trampa.

—Y tú vas terriblemente a destiempo. Si estuviera aquí Elijah...

—Si estuviera aquí Elijah, estaría encerrado en el baño aún. — Cole parece tentado de defender a su amigo, pero Emily se le adelanta—. Sabes que tengo razón.

Una sonrisa culpable cruza el rostro de Cole.

—Se le echa de menos, ¿verdad? —dice él, desviando la mirada hacia la fila de vestidos de noche.

«No sabes cuánto», le gustaría decir a Emily, pero se lo calla. Como tantas otras cosas.

—He hablado con él hace un rato, se iba ya a dormir —contesta finalmente.

—¿Ya? Pero si es muy pronto —dice Cole, perplejo.

—Tiene poco que hacer allí después de la terapia y termina agotado.

—¿Cómo estaba? —pregunta Cole, tras unos segundos de silencio.

—Bien, concentrado en sí mismo como debe ser —responde Emily—. Tendría que ser él quien estuviera aquí hoy.

—No, Em, no es así —niega Cole categóricamente, volviéndose hacia ella con expresión grave—. Te han elegido a ti y vas a hacer un gran trabajo con Darcy Entertainment.

La expresión de Emily se entenece y sus dedos se colocan encima de los de Cole mientras él sigue pasando vestidos.

—Hola, señor Beauchamp, hacía mucho que no lo veía —se burla Emily con un tono más suave.

Cole se ríe otra vez y saca un vestido verde.

—Venga, esta noche les vas a demostrar de qué pasta están hechos los Pierce y lo atractivos que quedan de gala —dice Cole, antes de guiñarle un ojo.

—De una pasta extremadamente moldeable y, sin embargo, dura como el diamante —cita Emily, recordando una vez más a su padre.

3

DANTE

Es perfecto.

No porque lo haya diseñado él, pero Dante sabe que es una auténtica maravilla. Desde el corte de las solapas terminado en pico hasta las puntas plateadas que las rematan. Y luego está el ojo abierto que aparece tanto en los botones del frente como en los de los puños. Una fantasía. Christina le ha dicho que parece que observan críticamente todo lo que haces, y es justo lo que Dante pretende conseguir con ello.

Sobre todo, teniendo en cuenta la fiesta a la que van a acudir. No puede dejar pasar la oportunidad de mostrar su ironía en una ocasión así.

Y es que Bennet & Co., en calidad de colaboradores de Darcy Entertainment, son requeridos en la gran fiesta de celebración por el reciente nombramiento de Emily Pierce como directora de la productora. Sí, él va a celebrar como la rica de turno consigue un puesto con grandes responsabilidades, y por muchos títulos que ha visto que tiene o los poderosos contactos que posea... para Dante no es suficiente.

Pero, como no puede expresarse como realmente desea —mandándoles al cuerno a todos los aventajados por su nacimiento—, Dante se vale de su arte para dejarles claro lo que piensa de ellos.

—No pensarás ir con ese espanto a la fiesta, ¿verdad? —dice Regina, cogiendo su *clutch* delicadamente para no arruinarse su reciente manicura.

Dante mira al techo para no poner los ojos en blanco.

—¿No te gusta, mamá?

Obviamente, no.

Regina lo observa con los ojos entrecerrados, como si esperara que su hijo empezara a reírse y le dijera que es broma. Pero no lo es. Dante no bromea con sus diseños.

—Es inapropiado —señala con rectitud—. Ponte el traje negro de Dior y una corbata fina, hazme el favor.

—Pero...

—Dante Gabriel Brescia, hazme caso. Por una vez en tu vida.

Dante aprieta los dientes y está a punto de decirle que lo único que ha hecho ha sido obedecerla siempre, pero Christina aparece al final del pasillo con una mirada de advertencia para que no conteste.

—¿Y bien? —insiste Regina, alzando la barbilla.

—Sí, mamá —accede pasando a su lado para dirigirse a su antigua habitación.

No tendría que haber ido a vestirse a la casa familiar, podría haber sido la primera ocasión que burlara las exigencias de su madre. Pero Christina dijo que sería divertido estar todos juntos y nunca le puede negar nada a su hermana.

—Quita esa cara de muerto —dice Christina, señalándolo hasta darle con el índice en la punta de la nariz.

—Yo no tengo la culpa de que mamá me dispare siempre que pueda —se excusa Dante, abriendo el armario de nuevo.

—Por favor, Dante, no seas dramático. Sabes que la ocasión es especial y...

—Y por eso mismo quiero llevar algo que se recuerde después de siglos, hermanita —corta Dante, dejando que la chaqueta se deslice por sus brazos.

—Lo que recordarías después de siglos es el cabreo de mamá.

A pesar de que tenga razón, Dante no se ve capaz de asentir y reconocer su error. No le parece tan difícil comprender que para él es importante llevar un diseño suyo esa noche. Sabe que va a ser un despropósito: al menos, quiere estar guapo mientras todo arde a su alrededor.

4

COLE

Emily no es su hermana pequeña, pero es como si lo fuera, porque lo cierto es que ha vivido con ella prácticamente lo mismo que con Caleb. Por eso, cuando la ve avanzar sola hacia el atril desde el que va a dar su primer discurso como directora de Darcy Entertainment, siente que su pecho se hincha con satisfacción.

Aunque sabe que alguien estaría tan orgulloso como él. Por eso saca el móvil para grabar en cuanto Emily empieza a hablar.

—Buenas noches a todos. Muchos de los aquí presentes no me conocen, pero otros tantos me recuerdan por ser esa niña de trenzas que solía esconderse detrás de su padre para poder entrar en todos los estudios. Me llamo Emily Pierce, y créanme que soy muy consciente de lo que significa ser quien soy. Mi padre, el hoy difunto Edmund Pierce, se aseguró de que tanto mi hermano Elijah como yo nos formáramos en los mejores centros de especialización con la esperanza de que siguiéramos sus pasos. Seguramente no sepa lo mucho que me aburrían las clases de protocolo y actuación, y quizás es mejor, porque siempre pensó que tenía madera de artista.

Cole es incapaz de disimular la risa que cruza su garganta, pero no le hace falta porque a su alrededor varios corean la broma compartida de Emily. Siempre ha sabido que su amiga tiene carisma, pero verla en ese atril, sin mirar ninguna tarjeta que muestre un discurso preparado, es suficiente para probárselo al resto de los allí

reunidos. Solo tiene que volverse para verlos a todos pendientes de sus gestos y de su agradable sonrisa comedida.

—Cuando volví a Londres después de terminar la carrera, mi padre me dijo si quería entrar a trabajar en Darcy Entertainment, y para mí resultaba un sueño hecho realidad. —Algunos compañeros de la productora se empiezan a reír en las primeras hileras de invitados—. Sí, vosotros lo sabéis: me puso a servir cafés en las reuniones, a sacar informes y leerlos hasta que podía recitarle a la perfección los datos que manejábamos. Fue... —Emily sonríe y niega con la cabeza—. Fue una tortura, y estoy segura de que mi padre lo disfrutó, pero aprendí cómo funciona este negocio desde abajo gracias a eso.

»Y me encantó —ella mira a su público con expresión extasiada, Cole hace *zoom* para tener un plano mejor del rostro de Emily—, supe que tenía que dedicar mi vida a este mundo y seguir los pasos de mi padre. Quiero daros las gracias a todos los que habéis venido. Sabemos que a Darcy Entertainment le espera un futuro brillante y estaremos allí para aspirar más alto que nunca.

Caleb hubiera arrancado a aplaudir de forma ensordecedora en cuanto el tono suave y seguro de Emily se extingue, pero no son las palmas de su hermano pequeño las que ascienden por la sala de fiesta, sino las de muchos otros celebrando el triunfo de Emily.

La promesa subyacente hace mella en los allí reunidos. Cole puede verlo con facilidad en cuanto deja de grabar y observa a su alrededor. Los Pierce tienen una habilidad especial para conseguir crear un impacto.

5

DANTE

Tiene que ser sincero. Se ha equivocado, y es de valientes reconocer los errores.

Emily Pierce es un sueño vestido de verde. No sabe muy bien si han sido exactamente sus palabras o, más bien, el conjunto que hacía con el traje.

En cuanto la ha visto acercarse al atril, Dante no ha podido ver nada más. Solo podía prestar atención al corte sencillo y elegante del vestido. El escote es alto hasta las clavículas, dejando el cuello a la vista. Y, desde donde se encuentran los Brescia, Dante puede ver los finos tirantes cruzados que dejan a la vista su espalda. Y vaya espalda.

—¿Crees que es necesario que traigamos una fregona o pasamos directamente al barreño? —pregunta Everett, tan malintencionado como siempre.

Dante lo fulmina con la mirada.

—Al menos, yo no me envenenaría si me mordiese la lengua —responde con un bufido.

—Perfecto. Entonces, ya tendríamos todo listo para un acuario entre uno con la baba y el otro siendo medusa —corta Christina, levantándole uno de los codos a Dante.

Piensa en apartarse cuando se percata de que su hermana le ha dado pie a arrancar a aplaudir justo cuando el discurso llega a su fin. La sonrisa de Emily Pierce lo ilumina todo un poco más y

Dante ni siquiera escucha el siguiente comentario de Everett. Está más ocupado observando cómo la joven de verde coge del brazo a un guapísimo rubio que la recibe con un beso en la mejilla.

—Ah, esto no me sorprende: un Beauchamp —dice Victor, tendiéndole a su hijo una copa de champán.

—¿Beauchamp? ¿Del bufete Bingley? —pregunta Christina, con los labios entreabiertos.

—El socio mayoritario, de hecho. Si no me equivoco, es Cole. El menor de los Beauchamp está metido en la actuación y, según tengo entendido, no le va mal —continúa Victor, dando un trago.

—Caleb Beauchamp ganó el BAFTA al mejor actor secundario el año pasado y tiene toda la pinta de conseguir nominación con la última película que ha protagonizado —interviene Burne.

—Oh, sí, me acuerdo. Fuimos a verla juntos, ¿verdad, Dante? —dice Christina, antes de fijarse en que su hermano no le está prestando atención—. ¿Tierra llamando a Dante?

Dante abre de más los ojos y se vuelve hacia Christina con una mirada sin asomo de culpabilidad.

—*El otoño de los valientes*, ¿no? —dice Dante, que logra salir del paso airoso.

—Esa misma. Pues, si me preguntas a mí, su hermano mayor es considerablemente más guapo —opina Christina en voz baja.

—A ti que te gustan mayores —bromea Dante, llevándose un codazo de su hermana—. Es broma, es broma, pero por favor: Caleb Beauchamp.

—Efectivamente, a lo que iba —desvía Victor, sin querer prestar atención a la conversación de sus hijos—: los Pierce y los Beauchamp son íntimos amigos desde hace generaciones y parece que en este caso no es diferente.

—¿Creéis que están liados? —pregunta Dante distendidamente.

—Estamos hablando de negocios, hijo, no de la prensa rosa. Céntrate —regaña Regina, apareciendo de la nada.

—Oh, querida, ya echábamos de menos a tu sentido común tan envidiable —dice Victor, ofreciéndole su copa.

—Sí, parece que soy la única que lo usa en esta bendita familia. Gracias a eso, sé que Emily Pierce va a ir acercándose a los portavoces de cada empresa para conocerlos personalmente. Así que, Victor, ya ha habido suficiente alcohol por esta noche.

Christina mira a Dante y esconde su pronunciada sonrisa tras la copa de vino blanco.

—¿Qué? —pregunta Dante, sin perder de vista el brillo inteligente en los ojos de su hermana.

—Que no creo que estén liados, tigre. Lo mismo puedes acercarte a tu privilegiada.

—Christina, por favor —se defiende Dante, sin poder evitar que se le suban los colores a las mejillas.

La carcajada de su hermana suena clara como el cristal de su copa.



6

EMILY

A Emily le tiemblan las piernas. Se cuida mucho de mostrarlo cuando baja del pequeño escenario desde el que ha dado el discurso de agradecimiento. Sus pasos se dirigen casi en línea recta hacia Cole, pero su expresión facial no refleja la ansiedad que siente por llegar hasta él. Incluso se detiene un par de veces cuando algún accionista la felicita, varios de los que sospecha que le votaron en contra.

—Ya está —dice Cole, en cuanto se encuentran a mitad de camino—. Has estado espléndida.

Los labios de Cole se posan sobre su mejilla tan suavemente que apenas parece el vuelo de una mariposa. Emily le sonrío y afianza su mano alrededor del brazo de Cole.

—Vas a hacer que me sonroje y que todas las mujeres y hombres de esta sala me envidien —dice Emily, mientras coge una copa de vino blanco.

—¿Seguro que a ti? No estaría yo tan seguro —corrige Cole, con un guiño.

—Un Beauchamp es siempre una mejor opción —dice Emily imitando el tono de voz de su padre—. Tanto en los negocios como en todo lo demás, pon un Beauchamp en tu vida y las cosas irán mejor.

—Pero un Pierce lo hace todo mucho más interesante, no te aburres con un Pierce poniendo las cosas difíciles —responde Cole.

—Últimamente no hacemos más que imitar a nuestros padres. Empiezo a pensar que no tenemos tema de conversación, y me preocupa —confiesa Emily, de especial buen humor.

—Ve sin cuidado, ahora vas a tener unas cuantas conversaciones...

La voz de Cole se corta por una carcajada que resuena por toda la sala. Las miradas de ambos se dirigen a su origen y Emily ve a una pelirroja dándose la vuelta para comentar algo a un joven con gafas que no le suena de nada. No parecen haberse percatado de que han despertado la atención de todos.

—Vaya, entonces, deben ser ellos —dice Cole.

—¿Quiénes? —pregunta Emily.

Ambos caminan hacia un lado de la sala, alejándose del centro, para empezar a hacer la ronda de presentaciones. Quizás es lo que menos le apetezca hacer a Emily, pero tiene que hacerlo. Afortunadamente, cuenta con el apoyo de Cole.

—¿Te acuerdas de una familia que tu padre llamaba los «bohemitos italianos»? —pregunta Cole, mientras se dirigen hacia los servicios—. Los que se presentaron disfrazados de romanos para la retrospectiva de aquel proyecto de Julio César.

Escucha un ruido a su espalda, pero está demasiado pendiente de la expresión seria que está forzando Cole.

—¿Aquel en el que perdimos a los inversores? —pregunta Emily, aguantándose la risa.

—¿Cómo no vas a perder a los inversores si vienes con una toga y sin ropa interior? —imita Cole, llevándose las manos a la cabeza.

Emily no puede evitar reírse al recordar cuando Edmund Pierce y William Beauchamp sufrían con las excentricidades de cierta empresa y lo comentaban en las cenas familiares con copas de vino que no dejaban de rellenarse.

—Si al menos fuera solo eso y no que eres tan torpe como para pisar tu propia toga —comenta Emily, poniendo los ojos en blanco en una réplica exacta a su padre.

—No puede ser —se lamenta Cole, sacudiendo la cabeza igual que William—. ¿Se...?

—No, no. Afortunadamente, no tuvimos que ver sus partes, amigo mío. Tendría pesadillas hasta que volvieran a hacer algo peor.

A Emily le sorprende ser capaz de acordarse hasta tal detalle de esa conversación en concreto, pero fue algo que les marcó y que se repitió a lo largo de los años con la misma empresa. Hasta el punto de que Edmund se planteaba prescindir de ellos y buscar otros encargados de vestuario, pero, por alguna razón, no llegó a hacerlo.

—Dales tiempo, se les ocurrirá —termina Cole.

Está claro que sí, sus padres tenían razón y Emily tenía la oportunidad de cortar por lo sano ahora que había conseguido el puesto. Tiene tantos planes e ideas que ni siquiera piensa en la magnífica fiesta que han organizado los accionistas para la celebración de su nombramiento. Su cabeza está ya en el lunes, y eso no es bueno; tiene que concentrarse en dar una buena impresión.

—Creo que tendríamos que empezar los saludos. ¿Qué te parece empezar con Amelia de Bourgh Company? —propone Cole.

Amelia ha estado en la vida de Emily desde que es capaz de recordar, no puede pensar en ninguna fiesta organizada por su padre que no contase con la presencia de la mujer de mirada crítica y de azulado hielo. Elijah y ella coincidieron en el colegio con varios sobrinos de Amelia, además de que siempre pueden contar con su apoyo y conocimiento. A veces, demasiado ácido.

Emily vuelve la mirada hacia el salón para encontrarse con la amable y recta mirada de la portavoz de la empresa de *casting* con la que Darcy Entertainment trabaja desde siempre, pero por el rabillo del ojo algo atrae su atención. O, mejor dicho, alguien.

Un joven de hombros hundidos y coleta se aleja de ellos con paso precipitado antes de chocarse con un camarero.

—¿Y esa mala educación? —pregunta Emily, alzando una ceja.

Parece que, ni en el lugar más selecto, se libra de lidiar con idiotas.

